

CUBA: SUEÑO Y CENTENARIO

Por Eduardo Lolo

La historia de Cuba, y puede que la historia toda, es una gran paradoja. Desde principios del año 2002 los cubanos hemos venido festejando— con respeto, alegría y dolor combinados— el Centenario de la República de Cuba. Las celebraciones alcanzaron su apogeo alrededor del 20 de mayo, día exacto en que se cumplió un siglo del traspaso de poderes del interventor militar norteamericano al primer presidente electo del país. Ese día de 1902, en medio de un júbilo que se extendió desde la capital hasta el más pequeño pueblo del interior de país, se izó por primera vez la bandera cubana en todos los edificios públicos de la recién estrenada nación. Atrás habían quedado varias guerras independentistas (fugaces unas, extensas otras, heroicas todas) y una intervención extranjera —la que precisamente determinaría la derrota final del colonialismo español. Las fiestas populares en toda la Isla fueron de tal magnitud, que desde entonces una nueva pieza apareció en el refranero popular: “...suena más que un 20 de Mayo”, en referencia a cualquier actividad inusualmente ruidosa. Pero es el caso que la República de Cuba no llegó a cumplir 100 años. A duras penas se pudiera contar medio siglo de existencia, cimentada unas veces, precaria las más. Pero así y todo nos aferramos a los 100 años, como huérfanos de efemérides. Y es que a los 50 años de existencia real pendiente de un hilo de historia, añadimos otros 50 que nunca existieron —de ahí la paradoja— nacidos de nuestros sueños en tanto que esperanzas.

Claro que ese soñar Patria no es particular de nuestra época. Antes bien la existencia de esa República cuyo nacimiento hemos estado celebrando no fue más que el producto de un sueño. Pudiera remontarse a los Rayos y Soles de Bolívar, ese proyecto libertario de nombre poco menos que metafórico que —como si a falta de balas versos fueran buenos— de alguna forma anunciaba el decidido concurso de nuestros mejores poetas en todo esfuerzo independentista. O a la Conspiración de La Escalera, con la idea implícita de ascenso y una cumbre a conquistar en lontananza. O incluso tan atrás como la rebelión del indio Hatuey. Aunque no hay dudas de que el sueño final, el que a la postre dio vida a la República de Cuba, se gestaría en medio de las nieves que nos son comunes, bajo el gris sediento de luz que tanto conocemos. Porque es el caso que la República de Cuba inaugurada el 20 de mayo de 1902 fue soñada en estas latitudes, impresa en una frente que se hacía cada vez más amplia, como para dar cabida a un sueño cada vez más grande. La República de Cuba fue, ante todo, un sueño de exilio.

Ese construir de Patria lejos de la Patria es del todo congruente con esa paradoja llamada historia. El exilio, como trágica experiencia humana, no es una actividad nueva ni puede circunscribirse a una raza o cultura en especial. En realidad, el exilio es tan antiguo como el sentimiento que lo promulga —el odio estatuido— y la fuerza que lo impone —el poder omnipotente. La intensidad punitiva del destierro obligatorio ha sido asociada, desde la Antigüedad, hasta con la misma muerte. Ya Diógenes señalaba cómo el exiliado estaba muerto para su Patria; Publilius Syrus lo calificaba como “un cadáver sin sepultura”; para Shakespeare el exilio era, simplemente, muerte.

Pero el hombre, dada su condición de ser histórico, es paradoja viva, aun muerto. Y los muertos vivientes del exilio de todas las épocas han asombrado a sus verdugos con una tenaz permanencia en la tierra de donde fueran expulsados. Todas las lágrimas del desarraigo —sin importar tiempos, culturas o latitudes— tienen el mismo grado de amargura; pero también toda la luz de una misma esperanza. Y de esa esperanza que —ya lo señaló Esquilo— sirve de alimento al

desterrado, nacen y se desarrollan aportes inconmensurables a la tierra que le es negada a todo exiliado, incluyendo –y en primer lugar– el soñar Patria. El proceso es sumamente complejo y escapa a las posibilidades de un artículo, pero creo entreverlo en la pregunta que hiciera Horacio: “¿Qué exiliado de su país escapó de sí mismo?” Como el cubano exiliado no puede escapar de sí mismo, se mantiene intrínsecamente en Cuba dondequiera que vaya. Permanece en Cuba no por *estar* en Cuba, sino por *ser* en Cuba. Su Cuba personal –que es mucho más que una suma de nostalgias– lo acompaña a todas partes como elemento esencial de su propia naturaleza; vuelve tórridas las nieves del norte, hace Caribe el Pacífico lejano, pinta de Habana a Bruselas, Londres, Nueva York. O extiende la isla toda noventa millas al norte de la historia prostituida. Hay tantas Cubas como cubanos exiliados. La imagen gigantesca de todas ellas puede ser descrita con solo dos palabras: Patria y Dignidad.

De ahí que los exiliados cubanos del siglo XIX hayan soñado lo que luego fuera realidad: la República de Cuba. De ahí que los cubanos exiliados del presente soñáramos –y hayamos celebrado– un Centenario que no era tal. A la postre quién quita que no seamos más que la prolongación de un sueño.

Pero esa prolongación entraña deberes. La Primera República de Cuba no logró sobrevivir más allá de medio siglo. La Cuba sin República amenaza con igualar en sombras aquel lapso de luz. No pocos héroes han vertido su sangre en esperanzas, durante décadas, a fin de conjurar las tinieblas del castrismo. Nuevas emigraciones de cubanos, de generaciones múltiples, vienen a depositar sus olas de desesperanzas en las playas del exilio. Para algunos de ellos, en particular los nacidos y criados bajo el totalitarismo, Patria es sinónimo de pesadilla. Mientras, entre nosotros los jóvenes envejecen, nacen nuevos cubanos sin Cuba, y nuestros ancianos terminan yaciendo en tumbas siempre incómodas –como es toda sepultura extranjera– resistiéndose a regresar a un polvo que no es *su* polvo. Y todos nos preguntamos hasta cuándo.

Y aquí es donde comienzan los deberes de que hablaba. Más que celebrar lo que fue, debemos aunar nuestros sueños para lograr lo que sin ellos no habrá de ser. En el exilio no hemos perdido nunca esa capacidad de soñar. Es la misma que ha hecho de la colonia cubana una de las comunidades de emigrantes en los EE.UU. más exitosas en el campo de la economía y la cultura, por señalar sólo dos ejemplos. Ciertamente que esta vez nos falta un frente que pueda aunar todos los sueños. Pero somos dueños de muchos frentes que pueden albergar un mismo sueño. Si no soñamos el futuro, éste no será otra cosa que una enfermiza prolongación del presente. En Cuba lo hemos visto repetirse deformado, como en espejos de feria, por más de 40 años. Ha llegado el momento de hacer añicos esos espejos.

Incluso, todo parece indicar que ya hasta en la misma Isla están creadas las condiciones para la emergencia del sueño libertador. Coincidiendo con las celebraciones del 20 de Mayo, miles de cubanos del “insilio” (léase: desterrados dentro de su tierra, otra paradoja histórica) materializaron su capacidad de sueño estampando sus firmas en el Proyecto Varela, una quijotesca petición de plebiscito encaminada a promover la democracia en el país. Todos sus firmantes saben que el régimen castrista –como siempre– intentará manipular o hará caso omiso del clamor popular, violando por enésima vez hasta sus propias leyes. Es más, todos ellos están conscientes de que las más de once mil firmas recolectadas no traerán como resultado más que once mil nuevos expedientes (o el peligroso abultamiento de algunos ya existentes) en los atestados y siempre actualizados archivos de la policía política. Pero así y todo se atrevieron a refrendar dos veces el documento (según los requisitos de verificación de sus organizadores, temerosos de alguna patraña gubernamental) logrando vencer a un enemigo mucho más poderoso que el castrismo mismo: sus propios miedos. Castro no hará plebiscito honesto alguno, por supuesto; mas los firmantes del

Proyecto Varela soñaron el que tendrá lugar en un futuro ojalá cercano. Es probable que algunos de sus organizadores no lo vea nunca; pero cuando sea posible en Cuba un plebiscito como el solicitado, lo habrá de ser porque ellos lo soñaron antes. Los firmantes del Proyecto Varela *están* en la Cuba de hoy, pero *son* en la Cuba del futuro

Esa convergencia de sueños no significa que debamos pensar todos de igual forma, o acatar una directriz única. Podemos, incluso, disentir de la estrategia seguida por los firmantes del Proyecto Varela o del lenguaje de algunas de nuestras organizaciones del exilio; pues en los sueños, posiblemente mucho más que en la realidad, toda unanimidad es forzada. Podemos (y debemos) materializar nuestros propios sueños (ya sea individualmente o a través de nuestras múltiples y disímiles asociaciones) válidos todos siempre y cuando converjan en una Cuba “con todos y para el bien de todos” como en un principio –y siempre– debió ser. Creo que ello sería el mejor homenaje que pudiéramos hacer a quienes lograron –por haberla soñado– la República de Cuba nacida el 20 de mayo de 1902. Puede que hasta el haber festejado un Centenario que no fue tal, dado el amor y el respeto con que lo hicimos, inicie el conteo de un Centenario que sí lo sea. El futuro espera, aun envilecido de presente. Como nuevos exiliados, herederos de ausencias y pesares lejos de la Patria, nos ha llegado la hora. La hora de soñar la Segunda República de Cuba. Sólo así habrá tenido validez esta celebración. Sólo así, producto de nuestros sueños actuales, podrán celebrar otros cubanos un verdadero Centenario.

Por todo lo anterior es que no debemos contentarnos con haber asistido a desfiles y actos conmemorativos. Nuestra reacción histórica debe ir mucho más allá de la emoción fugaz nacida al calor de discursos y bandas de música. Todas esas actividades nos llenaron de orgullo y esperanzas; pero no bastan. No habrá una Segunda República de Cuba si no la soñamos antes.

(Lolo, Eduardo. “Cuba: Sueño y Centenario.” *Diario Las Américas*, domingo 19 de mayo de 2002. Pág. 24-E.)